

DE LA TERCERÍA A LA RUPTURA DE LAS DICOTOMÍAS

Carlos Iván García Suárez



The Hermit Saint Triptych. Hieronymus Bosch. Detalle.

PALABRAS CLAVES

Bisexualidad, movimiento bisexual, género, sexualidad, queer, lógica binaria.

RESUMEN

De la bisexualidad aún se duda; muchos investigadores creen que simplemente no existe o la circunscriben como problema salubritario de riesgo frente a las infecciones de transmisión sexual, en particular del VIH; las interpretaciones populares la refieren como una indefinición, una confusión, una moda, un signo de época o la confunden con la androginia; y los bisexuales se hallan a menudo sometidos a una demanda de definición polar tanto por parte de heterosexuales como

de homosexuales cuando no al señalamiento de una vida construida como una simple mascarada. Tal vez no sea tan importante preguntarnos más por su existencia ostensible sino indagar por las lógicas culturales que se le oponen y señalar sus tránsitos conceptuales desde un sentido advenedizo de tercería, a la construcción de un sujeto político y de allí a su constitución como *locus* de ruptura del sistema total de la sexualidad y del género.

KEY WORDS

Bisexuality, bisexual movement, gender, sexuality, queer, binary logic.

ABSTRACT

Bisexuality is still called into question. Many researchers believe it simply does not exist or circumscribe it as a health hazard towards sexually transmitted diseases – particularly HIV. Popular interpretations refer to it as an indefinable, a confusion, a fashion, a label of an epoch or mistake it for androgyny; and bisexuals usually find themselves submitted to a request of polar definition on the part of both homosexuals and heterosexuals –

when not to the pointing out of a life built as a simple masquerade. Maybe it is not so important anymore to question ourselves about its ostensive existence but to inquire about the cultural logics that oppose it; and also to point out its conceptual transitions from a predominant sense of thirdness, going through the construction of a political subject to its constitution as breaking locus of the whole system of sexuality and gender.

UNA LÓGICA BINARIA

“Sea A ser bueno y B no ser bueno..., a todo sujeto ha de convenir o A o B y en ninguno ambos”.

“Respecto de lo que es y de lo que ha sido, es necesario que la afirmación o la negación sean verdaderas o falsas, y en lo que se predica universalmente de lo universal, siempre lo uno es verdadero, lo otro es falso” (Bochensky, 1976).

Dos enunciados distintos de un mismo teorema: el derivado del principio del tercero excluido (*tertium non datur*) que Aristóteles defiende en forma reiterada y a cuya justificación dedica un capítulo especial del libro cuarto de *La metafísica*.

Tal principio de la lógica formal constituyó rápidamente un fundamento esencial de la lógica matemática y, en general, de toda la matemática por radicar allí la solubilidad de cualquier problema matemático. Pero aun más allá, ha pasado a constituir un eje fundamental de la lógica occidental y, por ello mismo, ha constituido pilares imperativos de regulación cultural: el pensamiento binario y el pensamiento dicotómico.

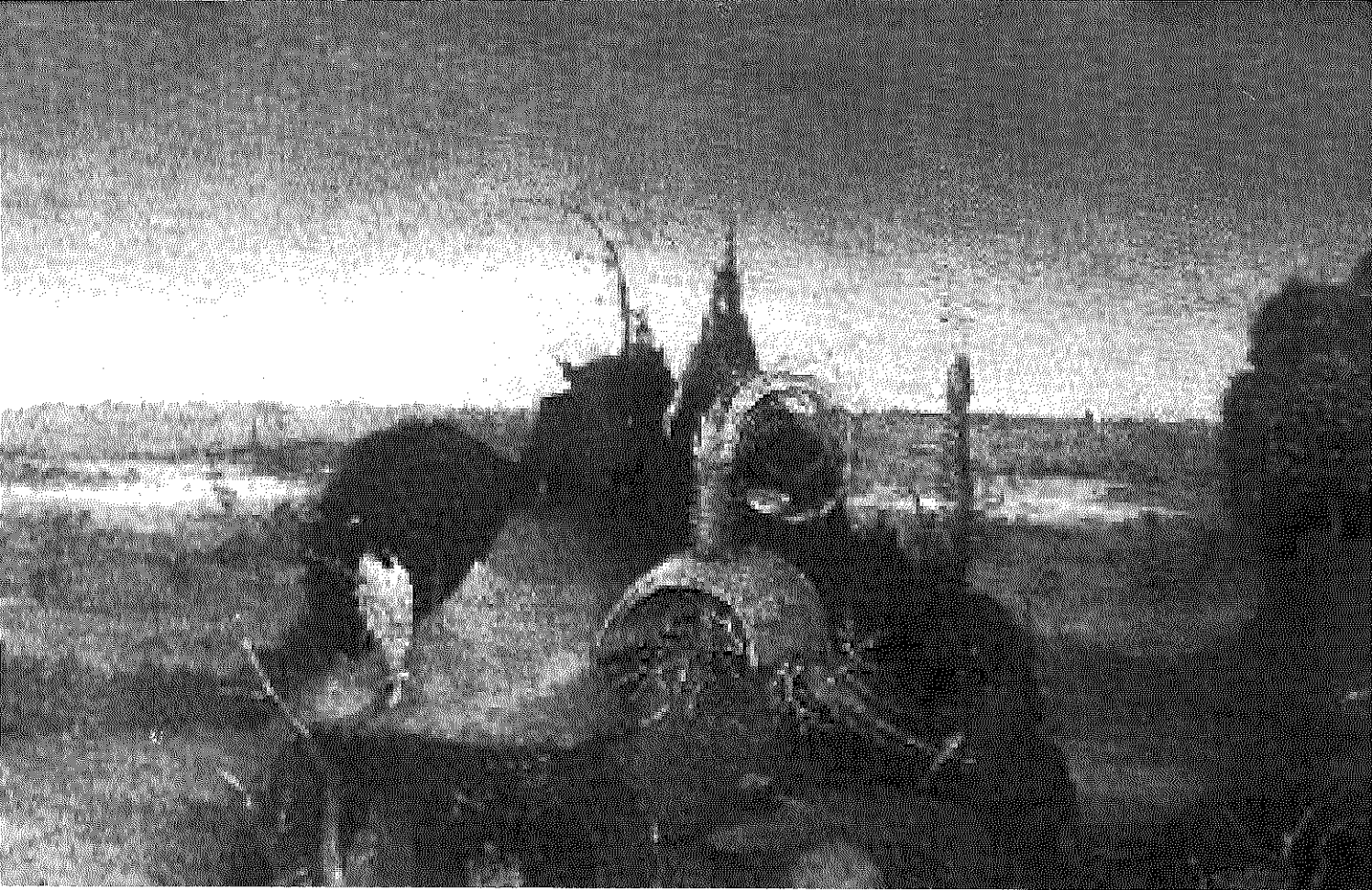
En un aprendizaje de siglos, hemos organizado el mundo en binomios con miembros opuestos: blanco / negro, hombre / mujer, cielo / infierno, en el ámbito de la cultura popular, lo cual es cercano por demás a la disposición del

conocimiento en la academia, la investigación y la tecnología, campos en los cuales bastaría con nombrar el psicoanálisis, la lingüística, el estructuralismo y la informática como ejemplos suficientes de una lógica binaria. Actuamos e interpretamos binariamente al mundo. Pero dicho esto, es necesario reconocer que los binomios nunca son equitativos en su interior, para nosotros blanco es más que negro, hombre más que mujer, cielo más que infierno...

La creación de la bisexualidad

Esta construcción binaria no es desde luego extraña a la parametrización del deseo como un imperativo del control social, pero por lo menos en lo que tiene que ver con el modelo de identidades sexuales diferenciadas es reciente en la historia de la humanidad. Puede decirse que desde la antigüedad clásica griega existen relatos sobre lo que hoy en día llamamos relaciones homoeróticas y en el medioevo se potenciaron legislaciones

—a medida que se crearon los estados nacionales y se fortaleció el poder de la iglesia— para castigar el sexo “contranatura” y la “sodomía”, en cuanto sexo no orientado a la reproducción. Ello implica que los relatos previos no se referían a identidades sino a prácticas y no aludían únicamente las relaciones entre hombres, pero fue hasta mediados del siglo XIX que médicos interesados en las enfermedades mentales realizaron descripciones de personas que se sentían atraídas por personas de su mismo sexo. Simultáneamente aparecieron otras que pedían la abolición de las leyes contrarias a dicha atracción; con ese interés, Karl Heinrich Ulrichs (1825-1895), ideó una taxonomía en la perspectiva moderna de la orientación sexual, que publicó en una serie de monografías entre 1864 y 1869, bajo el título *Investigaciones sobre la clave del amor entre hombres*. Dentro de su profusa clasificación y a partir de las figuras míticas de Urano y Dione, Ulrichs llegó a los términos de “Urning” y



The Hermit Saint Triptych. Hieronymus Bosch. Detalle.

“Dioning” para designar lo que hoy conocemos como hombres homosexuales y heterosexuales.

En una carta dirigida a Ulrichs el 6 de mayo de 1868 otro reformista sexual, el escritor Karl Maria Kertbeny, fue la primera persona conocida en usar en el ámbito privado cuatro nuevos términos que había acuñado “monosexual, homosexual, heterosexual y heterogenital”. Mientras el primero se refería a la masturbación practicada por ambos sexos y el último, a la zoofilia, “homosexual” aludía a los actos eróticos entre hombres o entre mujeres y “heterosexualidad”, a los actos eróticos entre hombres y mujeres, a los que asociaba, además, la idea de la “Normalsexualität”, de la sexualidad normal (Katz, 1995: 52). El propio Kertbeny fue pionero también en el uso

público de la palabra “homosexual” en un panfleto en 1869 y de la palabra “heterosexual” en 1880 en un capítulo de un libro editado en tal año.

Fue cuestión de tiempo para que el término “homosexual” empezara a hacerse visible y sustituyera tanto la clasificación de Ulrichs, como las palabras “sodomita” e “invertido” antes en boga. No obstante, fue Richard Krafft-Ebing quien le dio “ciudadanía psiquiátrica”, al emplearlo en la segunda edición de su *Psychopatía sexualis* (Stuttgart, 1887); el mismo autor incluyó la palabra “heterosexual” en cuatro oportunidades en la cuarta edición alemana de la misma obra. El desplazamiento terminológico en el campo de la homosexualidad y, por tanto, la creación de la categoría fue un hecho consumado hacia 1907. Durante

un tiempo se la leyó acompañada de otra más compleja: “sensaciones sexuales contrarias”, usada por Karl Westphal en 1887, en un artículo que Michel Foucault considera inaugural de una época.

Curiosamente, aunque Kertbeny había asociado la heterosexualidad a la sexualidad normal, el uso que se dio inicialmente al primer término estaba más en la vía de una pasión mórbida y en exceso por una persona del sexo contrario y no fue sino hasta la segunda década del siglo XIX en que se consolidó su acepción como norma sexual. Con ello se inauguró un nuevo binomio repartidor de los seres humanos en una obvia disposición jerárquica: heterosexual más que homosexual.

No obstante, la bisexualidad como idea y como término vino a complejizar esta

organización binaria. En 1846, Berthold había enunciado el principio de una constitución bifactorial de la especie humana bajo la relación de lo masculino y lo femenino. Dos décadas después Ulrichs incluyó en su clasificación el término “Urano-dioning” para llamar a quien se sentía atraído tanto por hombres como por mujeres. La palabra “Bisexualität” se incluyó por primera vez en una publicación de 1896, a manos de un tal Kurella. A partir de entonces se conocen varias menciones al término en una perspectiva patológica y/o de la inversión, pero luego la concepción de una bisexualidad natural se confunde en el tiempo pues se traslapa con una intensa polémica por su autoría que compromete a Wilhelm Fliess, un médico y biólogo berlinés, a Sigmund Freud, quien sostuvo una intensa amistad con el primero durante varios años (se han

publicado las cartas de Freud a Fliess entre 1887 y 1903), que terminó precisamente por dicha polémica, y el escritor Otto Weininger. Fliess acusó a Freud de divulgar sus ideas sobre la bisexualidad, dejando que otros se la robaran, haciendo alusión particularmente a Weininger. Freud, entre tanto, en el proceso que lo llevó a deslindarse cada vez más de la determinación biológica y a ahondar en la constitución psíquica del sujeto, pasó de desconocer a reconocer el influjo de Fliess en aquella idea. Esta progresión es bastante notoria, en particular, en una misma nota de pie de página que fue agrandando en diversas ediciones de *Tres ensayos sobre teoría sexual*, publicado originalmente en 1905. En la primera edición, Freud citó a diversos autores que tuvieron en cuenta la bisexualidad para explicar la inversión y resume la idea de

la bisexualidad natural, citando al médico Arduin: “dentro de todo ser humano hay elementos masculinos y femeninos que son desarrollados en razón inversa del sexo del individuo...” y no hace ninguna referencia a Fliess. En la edición de 1910 agregó una cita afirmando que “En 1906, W. Fliess (*El curso de la vida*) reivindica la paternidad de la idea de bisexualidad en tanto que aplicable a todos los individuos”. En 1924, hizo una adición a la misma nota: “Entre los no especialistas se considera que la noción de bisexualidad humana fue establecida por O. Weininger, filósofo muerto joven, quien escribió un libro bastante irreflexivo sobre la base de esta idea (*Sexo y carácter*, 1903). Lo anterior prueba suficientemente que tal atribución no tiene fundamento” (Fedida, 1973: 245).

The Hermit Saint Triptych. Hieronymus Bosch. Detalle.



La polémica se cierra tardíamente el 11 de junio de 1939, cuando Freud dirigió una carta a un colega suyo en el que reconoció: “Sí; yo soy la persona que dio a Probst una descripción de la personalidad de Weinger. Este nunca fue paciente mío, pero uno de sus amigos lo fue. Por su intermedio, Weinger llegó a conocer las concepciones sobre la bisexualidad que yo había aplicado ya en mi análisis por incitación de Fliess”.

La idea de la tercería

Más allá de esta polémica, el hecho determinante es que hacia los años 20 se había reconocido en los círculos académicos la existencia de la bisexualidad a la manera de una tercería, en otras palabras, como un

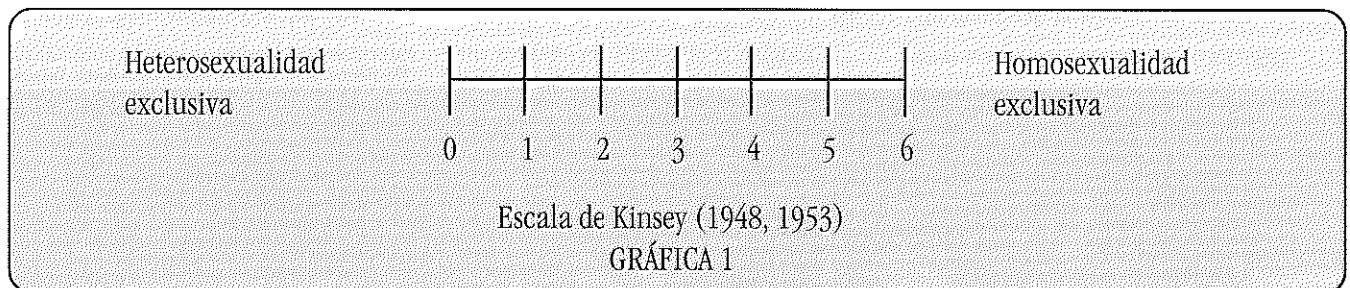
deseo escindido entre los dos miembros del binomio sexual original.

En esa perspectiva, Freud (1920: 2561-2562) afirmó que la libido “oscila normalmente toda la vida entre el objeto masculino y el femenino” y que “todos los normales dejan reconocer, al lado de su heterosexualidad manifiesta, una considerable magnitud de homosexualidad latente o inconsciente”.

No obstante, para Freud esta bisexualidad original no perdura en la adultez: debido al desarrollo psicosexual, la gente se define como heterosexual u homosexual, aunque reconoce que la realidad no respeta necesariamente tales categorías: “ya sabemos que en todas las épocas ha habido, como ahora hay, personas que pueden tomar como objeto

sexual a miembros de su propio sexo lo mismo que del opuesto, sin que un impulso interfiera con el otro. Llamamos a estas personas bisexuales y aceptamos su existencia sin sentir mucha sorpresa” (Freud, 1937: 3358).

La idea de una tercería difusa estuvo también presente en los estudios pioneros de Alfred Kinsey, publicados en 1948 y 1953. Él ubicó la sexualidad humana a la largo de un continuo, a la manera de una interacción de factores biológicos, psicológicos, culturales e históricos. Su escala de 7 puntos, de 0 a 6 (ver gráfica 1), con la heterosexualidad exclusiva en un extremo y la homosexualidad exclusiva en el otro, reconoció la posibilidad de puntos intermedios, pero no hizo una consideración detallada sobre la bisexualidad.



La polémica social y psicológica

Aunque haya estado opacada por su construcción interpretativa binaria, algunos de los datos de Kinsey podrían servir hoy para argumentar a favor de la bisexualidad. El sexólogo encontró que una minoría importante de la población heterosexual se sentía atraída por personas de su mismo sexo: un 13% de las mujeres y un 37% de los hombres estadounidenses habían tenido por lo

menos un contacto homosexual con orgasmo. Desde entonces otros estudios en ese país han revelado cifras que van desde 6% hasta 17% de las mujeres y 22% de los hombres, como sectores de la población que han tenido experiencias homosexuales en la edad adulta. Tales estadísticas se refieren únicamente a los actos, pues indudablemente el número de personas que ha sentido amor o atracción hacia alguien de su mismo sexo sin pasar a los actos es más elevado.

Pero esto no se limita a los heterosexuales. Las cifras para los homosexuales son aún más elevadas. Se estima que entre 30% y 40% de los homosexuales, hombres y mujeres, experimenta a veces deseos o sentimientos heterosexuales, aunque menos del 10% pase a los actos.

Esto hace pensar que, en gran parte, lo que se pone en escena es una restricción cultural o una restricción de los círculos cercanos y que el ser humano no vive

sólo frente a su deseo, sino que la indudable amplia permeabilidad del mismo se enfrenta a la que ha sido llamada “heterosexualidad obligatoria”, como pauta cultural demandante.

En todo caso, los patrones sociales parecen entender la “bisexualidad en serie” o “consecutiva” que tiene que ver más con etapas de experimentación, con la vivencia dentro de ambientes homosociales como internados, monasterios, cárceles, etc., con la conversión en deseo de amistades muy cercanas y con comienzos tardíos. Más problemática es, empero, la “bisexualidad simultánea”, en la cual una persona se siente atraída por hombres y mujeres al mismo tiempo. Una respuesta común es que no es verdaderamente posible y que, en el fondo, la persona no reconoce su naturaleza homosexual debido a la homofobia internalizada. De hecho, muchos homosexuales ven en los bisexuales una traición hacia su “verdadera” orientación, lo cual deja sin explicación de todos modos la existencia de deseos, fantasías y sentimientos con personas del sexo opuesto.

Otra explicación es que la bisexualidad es una fase de transición de la heterosexualidad a la homosexualidad. Pero, ¿qué pasa cuando hay varias “transiciones”? Esto no describe la situación de las personas que dicen permanecer bisexuales durante muchos años o toda la vida. Sigue postulando una dicotomía. La bisexualidad puede ser transición en algunos casos, pero no en todos.

El asunto complejo es que en la sexualidad nada puede definirse ni nombrarse desde afuera del individuo pues todo reside en la autodefinición, lo cual plantea una relación relativa entre las prácticas y la identidad sexuales. Hay hombres y mujeres que mantienen relaciones con ambos sexos, sin considerarse bisexuales; algunos jóvenes se dicen bisexuales sin haber tenido experiencia sexual alguna y hay personas que se consideran bisexuales sin haber tenido relaciones fuera de su orientación habitual, lo cual plantearía la existencia de una bisexualidad ideológica o política, como de hecho se ha dado entre algunas feministas.

Más allá de la polémica, el hecho determinante es que hacia los años 20 se había reconocido en los círculos académicos la existencia de la bisexualidad a la manera de una tercería.

Incluso se habla de una bisexualidad abstracta, en la que se va en busca de un carácter, una personalidad, un tipo de persona, en la cual el sexo biológico que presenta sería no más que una contingencia: “uno se enamora de personas, no de genitales”, razonamiento que por popular no necesariamente genera más credibilidad o aceptación.

Dicho todo lo anterior, es indispensable variar el objeto de atención: lo interesante o lo problemático no es la presencia de prácticas bisexuales, acompañadas o no de una autodefinición identitaria en el mismo sentido, pues

ellas seguirán existiendo, sino indagar las claves narrativas de la cultura que han propugnado desde hace mucho tiempo por hacerlas invisibles o por dudar de su propia existencia.

Un gran aporte en ese sentido lo ha hecho la psicóloga Alejandra Sardá (1998), al resumir la interpretación que los terapeutas, inscritos también en la cultura general, hacen a menudo de las personas bisexuales:

- Inmaduras: no se definen, pretenden perpetuar un estado de omnipotencia infantil en el que todos los objetos son potencialmente objetos amorosos.
- Impostoras: en realidad son gays y lesbianas que no se atreven a asumirse como tales, que no quieren perder los privilegios sociales de lo hétero ni los placeres de lo homo.
- Confundidas: en realidad, no saben lo que quieren, van de un cuerpo a otro y de un género a otro buscando una falsa completud de sus débiles voes, que se debilitan aún más en ese proceso.
- Hipersexualizadas: su libido es tan intensa que rompe los diques de la represión y no discrimina entre objetos socialmente permitidos y prohibidos.
- Egocéntricas, egoístas, centradas en la búsqueda de su propio placer y reacias a sacrificar nada de sí para comprometerse en una relación adulta con una persona de un determinado género y renunciar al resto de sus potenciales parejas. Tal egocentrismo está cerca de la psicopatía, pues el bisexual resulta insensible al dolor que causa en heterosexuales, y gays y

lesbianas puros bien intencionados que confían en él.

- Exóticas, andróginas, ni hombres, ni mujeres, criaturas de la noche y la excentricidad, artificiales, exquisitas, tan otras que no puede juzgárseles con los criterios comunes aplicables a sus hermanos más corrientes.

Para la psicóloga argentina, lo que está detrás de todas esas críticas es la idea de una sexualidad cuya culminación es un estado fijo —en cuanto a objeto pero también en cuanto a práctica—. La madurez sexual estaría indicada por la elección y la renuncia a las otras alternativas. Ser maduro es recortar la posible gama de experiencias y adherirse a ellas por el resto de la vida. En su opinión está idea se adscribe plenamente a un binarismo jerárquico y excluyente, que termina convertido en *bifobia*, es decir, la internalización de los mensajes sociales negativos acerca de la bisexualidad, incluyendo aquellos que se oponen a su existencia como categoría válida.

Sin afirmar que se haya convertido en un movimiento social fuerte en Colombia o en los países latinoamericanos, es importante reconocer precisamente el devenir de la lucha internacional contra la bifobia, como una manera de establecer la relación de la bisexualidad con la construcción de identidades políticas. La mayoría de datos provienen del trabajo de Liz A. Highleyman (1993).

El germen del antibinarismo

El paneo por los movimientos bisexuales en los ámbitos internacional y nacional ha aludido en varias ocasiones a una paradoja que aquí se puede referir más ampliamente: en el intento por escapar de las etiquetas binarias, los y las bisexuales han terminado aferrándose a una etiqueta adicional: la de la bisexualidad, que al expresar la idea de la combinación de las dos orientaciones sexuales admitidas no ha podido escapar de ese mismo binarismo.

Tal vez sería interesante explorar más una concepción alternativa de la bisexualidad, como la que plantea Marjorie Garber en su obra *Vice Versa*: ella sospecha que la bisexualidad no es en realidad una orientación sexual más sino más bien una sexualidad que deshace la orientación sexual como categoría, una sexualidad que amenaza y cuestiona el fácil binomio de hétero y homo e incluso, por sus significados biológicos y psicológicos, las categorías de género masculino y femenino. En sus palabras, “en lugar de designar a una minoría invisibilizada, a la que aún no se le ha prestado suficiente atención y que ahora está encontrando su lugar bajo el sol, la bisexualidad como las mismas personas bisexuales, resulta ser algo que está en todas partes y en ninguna. En síntesis, no hay una verdad acerca de ella. La pregunta de si alguien

fue 'en realidad gay' o en 'realidad hétero' tergiversa la naturaleza de la sexualidad, que es fluida y no fija, una natatoria que cambia con el tiempo en lugar de una identidad estable, aunque compleja. El descubrimiento erótico que aporta la bisexualidad es la revelación de la sexualidad como un proceso de crecimiento, transformación y sorpresa, no un estado del ser estable y plausible de ser conocido".

Annamarie Jagose (1996) ha ido más allá al proclamar la bisexualidad como un punto de avance ético, político y del conocimiento desde el cual podemos deconstruir los marcos bipolares del género y la sexualidad. Si el sujeto es diferente dentro de sí mismo la bisexualidad no se construye en relación con la otredad exterior, sino con la propia diferencia; así, la bisexualidad representa la posibilidad de problematizar y minar el sistema dicotómico total.

Esa perspectiva parece más potente para interpretar a la bisexualidad por ser aquello que no se acomoda, aquello que se plantea como arena movediza y no como los dos bloques de hormigón de las concepciones sexuales tradicionales.

Empresa obviamente que no es fácil, porque implica traicionar a Aristóteles y los fundamentos mismos de la cultura de Occidente, atreverse a pensar desde otras

lógicas. En esa misma vía han dicho Deleuze y Guattari, en su tratado de antibinarismo fundamental que es el libro *Mil mesetas*, que "la sexualidad se explica mal por la organización binaria de los sexos, y no se explica mejor por una organización bisexuada de cada uno de ellos. La sexualidad pone en juego devenires conjugados demasiado diversos que son como N sexos, toda una máquina de guerra por la que el amor pasa... La sexualidad es una producción de mil sexos, que son otros tantos devenires incontrolables".

